

CIA

ULTIMA APELACION

El viejo libro de la *Sabiduría* (XI, 17) tiene aquella famosa sentencia de que "por donde uno peca, por allí es atormentado". Y esta sentencia se está cumpliendo en el caso de "La Prensa". Porque el gran error, el error fundamental de este diario consistió en que se constituyera durante tres cuartos de siglo en el imperturbable defensor de los intangibles y supremos derechos de la soberanía popular, de la democracia y del sufragio universal. No había ley humana ni divina por encima de la voluntad popular manifestada en comicios libres. Y he aquí que, desde hace unos años, un nuevo y pujante movimiento político se abre paso entre nosotros y en incontenible avalancha se apodera de los sectores populares y mayoritarios del país e impone su ley —ley mayoritaria irresistible— y reduce a polvo las prerrogativas que se arrogaban núcleos minoritarios de selección y calidad. Y hemos visto caer rodando reductos de la denigrada oligarquía. Y hoy vemos caer al coloso de "La Prensa".

En realidad no queda lugar a apelación. No queda lugar dentro de una concepción laicista y democrática que haga de la soberanía popular la fuente del derecho. "La Prensa" está atrapada en sus propias redes.

Pero hay apelación, en una concepción cristiana del derecho y de la vida. Porque no es justa, no corresponde a derecho, cualquiera sea la fuerza y el poder de que se disponga y al que se recurra, la violación de derechos inalienables, cuya existencia es anterior al Estado. Y el derecho a la propiedad individual privada y el derecho a la "justa libertad de pensamiento" (Pío XII, el 18.2.50) son unos de estos derechos intocables que han de ser, no ya atropellados, sino garantizados por la autoridad pública.

Como lo enseña el pensamiento tradicional cristiano, la inviolabilidad de los derechos fundamentales constituye la substancia misma y la razón de ser de una sociedad civilizada.

No somos amigos de "La Prensa". Pero lo somos del derecho y ante éste hacemos nosotros la última apelación.

PRESENCIA



DEL ROTARY A ABADDON

No dejó de producir algún revuelo el decreto de la Suprema Congregación del Santo Oficio que, con fecha 20 de diciembre del pasado año, prohibía a los clérigos inscribirse en la Asociación del *Rotary Club* o asistir a sus reuniones y recordaba a los laicos la necesidad de atenerse a las prescripciones del canon 684. Este canon, a su vez, exhorta a los fieles a formar parte de las asociaciones erigidas por la Iglesia y a evitar, por el contrario, las sociedades secretas condenadas como sediciosas, suspectas o las que se esfuerzan por substraerse a la legítima vigilancia de la Iglesia.

La discusión sobre el carácter sospechoso del *Rotary Club* veníase agitando con violencia en el campo católico desde hace veinticinco años. Fundado en Chicago, en 1905, por el abogado Paul Harris y tres comerciantes, todos ellos masones, se difundió rápidamente por los Estados Unidos primero y luego por los principales países del mundo. También por masones y reclutando entre ellos sus primeros adherentes fueron fundados los primeros clubes rotarianos. Este hecho unido a la pretensión de profesar una moral superior, ajena a toda verdad religiosa, hacíale marcadamente sospechoso. Nada extraño que la Jerarquía Católica se haya mostrado muy reservada a su respecto. El 23.1.29 el episcopado español previene contra él a los católicos por su "profesión de un laicismo absoluto y de una indiferencia religiosa universal". El 15.6.29 el Cardenal Andrieu, entonces arzobispo de Burdeos, se adhiere sin reservas a este llamado de advertencia. El 12.7.30 los obispos holandeses denuncian al *Rotary* como una de las asociaciones de las cuales debían mantenerse alejados los católicos. Y ya el 6 de febrero de 1929 la Sagrada Congregación Consistorial, después de estudiar maduramente el asunto, decide responder por la negativa a varios obispos que le consultaban sobre la conveniencia de permitir a sus clérigos pertenecer al *Rotary Club*. Comentando esta decisión de la S. Congregación Consistorial el *Osservatore Romano* señalaba que "el código moral propuesto a sus adeptos por el Rotary es casi en todos sus puntos semejante al de los francmasones".

La opinión que desde entonces prevaleció en el campo católico con respecto al *Rotary Club* fué expresada por el P. Cahill S. J. en el "The Fortnightly Review", cuando escribe: "El *Rotary Club* es un tipo de asociación masónica imperfecta, llamada a veces F.·. M.·. Blanca, organizada por F.·. M.·. para la interpenetración masónica de la sociedad cristiana...". En realidad el carácter masónico del *Rotary Club* iba a quedar cada día mejor comprobado no sólo por sus orígenes sino también por su organización internacional manejada por la F.·. M.·., por muchos contactos con esta misma, y por sus doctrinas masónico-filosóficas.

El plan de la Masonería contra la Iglesia

La reciente censura llevada contra el *Rotary Club* por la Congregación del Santo Oficio pone de actualidad el grave asunto de la Masonería, y por lo mismo, "la secular conjuración contra la Iglesia Católica". Porque he aquí lo que en este tiempo de falta de espíritu sobrenatural se olvida fácilmente aun entre los católicos: Existe en ejecución desde hace siglos un plan secreto, perfectamente llevado, para destruir a la Iglesia Católica. Y en este plan tiene la F.·. M.·. principal y activísima parte.

La masonería moderna data de 1717, año en que fué fundada la gran Logia de Inglaterra. El primer aviso del grave peligro que para la Iglesia significaba la F.·. M.·. lo dió el Papa Clemente XII en la Constitución "In eminenti" del 24.4.1738. Siguieron a ésta las advertencias de Benedicto XIV, Pío VII, Pío VIII, Gregorio XVI, Pío IX y León XIII con su gran encíclica "Humanum Genus". Los efectos de la gran conspiración que se tramaba en las logias se ponían de manifiesto, paralelamente al llamado de estos Pontífices, con la ola de impiedad que desataba el filosofismo en las naciones cristianas, con la supresión de la Compañía de Jesús, con el regalismo volteriano de las Cortes de Francia, España y Portugal, con la Revolución Francesa luego, con el enardecimiento del espíritu revolucionario durante el siglo XIX, con la toma de Roma por la Revolución y con la gran ofensiva laicista llevada a cabo en Francia y en todas las naciones católicas en el ocaso del siglo pasado.

En la "Humanum Genus", León XIII dejaba estampado, de mano maestra, el hecho de que "este capital enemigo" que es la Masonería tiene "entre las tinieblas de su oculta conjuración" como principal de sus intentos, "destruir hasta los fundamentos todo el orden religioso y civil establecido por el cristianismo, levantando a su manera otro nuevo con fundamentos y leyes sacadas de las entrañas del naturalismo".

Pero aún después de esta gran encíclica muchos católicos se resistieron a creer en la existencia de una asociación secreta que desde la sombra maquina la destrucción de la ciudad cristiana. Sin embargo, la Masonería despliega gran actividad durante lo que va del presente siglo. En las dos guerras mundiales y en la revolución comunista que se ha propagado por el orbe le cabe gran responsabilidad. Mons. Jouin ha ido documentando mes a mes en su *Revista Internacional de las Sociedades Secretas* algunas pruebas de esta criminal actividad. La política de los frentes populares que ha entregado al comunismo soviético gran parte de Europa y que ha eliminado toda una generación de los mejores espíritus de Francia o Italia, ha sido también obra de la Masonería.

Sin embargo, y a pesar de todo esto, se dió el caso estos últimos años de un grupo de católicos influyentes que promovió un movimiento ante la Santa Sede para obtener un juicio más benigno con respecto a la Masonería. Se pretendía una declaración pública que, aunque reconociera su origen anticristiano y la profesión acatólica de muchos de sus miembros, manifestara que ésta, al menos en algunos de sus ritos, ya no estaría en oposición con la Iglesia, porque, se decía, hasta se habría llegado a un acuerdo entre la Masonería y la Iglesia, en virtud de la cual pudieran aún los católicos inscribirse en la secta sin peligro de excomunión y de reprobación.

Este movimento veleidoso provocó un artículo en el *Osservatore Romano*, 19.3.50, del Rdmo. P. Mario Cordovani, O.P., Maestro del Sagrado Palacio Vaticano, bajo el título *"La Iglesia y la Franc-Masonería"*. Allí se consignaba la esencial incompatibilidad entre la profesión de católico y la de masón. A los pocos días fallecía repentinamente el P. Cordovani en una extraña muerte que suscitó también extraños comentarios.

Podría preguntarse uno a qué obedece esta confianza de muchos católicos en el carácter benéfico de la Masonería. En realidad se debe a que, dado el sistema de su organización, son contados los masones que conocen "la verdad masónica" y, por lo mismo, la peligrosidad de las sectas. Porque no es la Masonería una asociación horizontal, en la cual todos sus miembros se conocen y alternan entre sí. Es una pirámide de muchas logias secretas e impenetrables entre sí, y que sólo comunican a través de los masones de los grados superiores. El secreto riguroso, bajo pena de muerte en muchos casos, que ha de guardar todo francmasón, convierte a esta institución piramidal en instrumento eficaz para la más vasta y criminal de las campañas sin que



la mayoría de sus miembros pueda percatarse de ello. Aun los pocos que tienen conocimiento de "la verdad masónica", no pueden llegar a conocer el centro verdadero y último de donde parten las consignas y directivas de la secta ni pueden tampoco alcanzar a comprender todo el plan en cuya elaboración trabajan. Una organización piramidal de sectas o de células como son las masónicas y comunistas, a base del secreto, tiene una fuerza irresistible, porque dispone de un temible poder ofensivo y está a resguardo de cualquier ataque venido desde fuera. La Masonería es inasible. Nadie puede localizar su verdadera cabeza y centro de poder, a pesar de que en todas partes aparecen las huellas de su actividad.

Otro error en el cual incurren algunos es hacer de la Masonería una asociación *necesariamente* liberal, burguesa y capitalista. Cierto es que la Masonería fué creada en tiempo de las monarquías católicas para destruirlas y preparar el advenimiento del mundo liberal, burgués y capitalista. Pero, alcanzado ya este objetivo, tratan de superarlo y trabajan con todo ahinco en el advenimiento del mundo comunista. Y en el logro de este objetivo trabaja la organización en varios frentes a la vez. En el capitalista, intensificando las injusticias de este régimen; en el socialista, apurando la lucha de clases dentro de los procedimientos legales y democráticos; en el comunista por la acción revolucionaria. A nadie ha de admirar que las directivas de logias capitalistas puedan poner a éstas en lucha con logias que actúan en medios socialistas y comunistas. Porque, en definitiva, la Masonería no busca la consolidación del capitalismo o del comunismo sino la destrucción de la actual sociedad cristiana. Cumplirá siempre aquello que, dentro de las posibilidades sociológicas, mejor conduzca en cada momento al logro de aquel objetivo supremo. León XIII señaló ya en la "Humanum Genus" cómo "a los designios del comunismo no puede aducirse ajena la secta de los masones, como que favorece en gran manera sus intentos y conviene con él en los principales dogmas". Y el desarrollo del comunismo en el mundo durante los últimos cincuenta años por la influencia de la Masonería demuestra la previsión del gran Pontífice.

Abaddon, el exterminador

Pero hay una razón más fundamental por la cual muchos católicos no creen en la Masonería. Y es que *el naturalismo*, que la misma acción masónica desde hace dos siglos ha inoculado en ellos, no les permite comprender el plan de Dios sobre el mundo y el contra-plan que por su parte trata de imponer el Maligno.

Dios tiene su plan. Su grandioso plan que es la Iglesia o el Cuerpo Místico de Cristo. En este plan los hombres están llamados a unirse con la intimidad de la vida divina la Trinidad. Cristo es el gran Medio. Cristo prolongado en su Iglesia. Y a Cristo se unen los hombres "no de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios", vale decir, por medios estrictamente sobrenaturales o divinos.

Pero el diablo, que es la Mentira contra la Palabra —el Verbo—, las tinieblas contra la Luz, el Homicida contra la Vida, también tiene su plan: el plan de la Contra-Iglesia. Plan de tinieblas, de mentira y de homicidio.

Y para la ejecución de su plan, tiene sus ministros y servidores: Aquéllos que quieren hacer valer la prevalencia de *la sangre*, de la sangre del Padre Abrahán, por donde vino Cristo al mundo. Porque antepusieron su sangre a Cristo, rechazaron a Cristo Dios que nos fué traído en el vehículo de su sangre. El odio profundo, secular y universal de la Sinagoga contra la Iglesia tiene raíces teológicas. Odian a Cristo, y a la Iglesia que es Cristo prolongado, con un odio nacido de las profundidades de una sangre "sagrada" y milenaria. Y así como los judíos —a quienes Cristo llamaba *hijos del diablo, Vos ex patre diabolo estis*, Jo. VIII.44— usaron de los gentiles como instrumentos para dar muerte a Jesucristo, así usan hoy de la Masonería, formada por cristianos, para destruir a la Iglesia.

El plan masónico de destrucción de la ciudad cristiana es ejecutado por no-judíos pero es obra de los judíos. Mucho se ha discutido sobre la autenticidad del plan judío que se conoce con el nombre de "Los Protocolos de los sabios de Sión". Pero lo sorprendente no puede ser que la Sinagoga tenga un plan secreto, mentiroso y criminal contra la ciudad cristiana. Lo sorprendente sería que no lo tuviera. Sería hacer del diablo un personaje sin poder, sin malicia y sin astucia. Porque no se ha de olvidar lo que enseña León XIII en la "Humanum Genus" que en el feroz e insensato propósito de la Masonería ha de reconocerse "el mismo implacable odio y sed de venganza en que arde Satanás contra Jesucristo".

Porque, en definitiva, hoy ya no se cree en el diablo. Creer en él y reconocer su huella en la historia humana no resulta "científico". Sin embargo son de tal magnitud los acontecimientos humanos que se desarrollan a nuestra vista, son tan grandes los valores que se hallan en juego que hoy menos que nunca puede dejar de estar ausente del escenario del mundo. Algún significado especial debe encerrar aquella prescripción de León XIII, aún en vigor, de que se rece después de las misas para que San Miguel Arcángel reduzca y encarcele a Satanás y a los otros espíritus malos que vagan por el mundo para perdición de los hombres. Sabido es que Ana Catalina Emmerich anunció que unos cincuenta años antes del año dos mil una cantidad de demonios serían puertos en libertad e invadirían la tierra. Y no han sido dichas al azar las palabras pronunciadas por Pío XII en su Mensaje de Navidad de 1947, cuando afirma: *"En las asambleas de los hombres* —se refiere a las internacionales— *se desliza sin ser visto el espíritu del mal, "el ángel del abismo"* (*Apoc.* 9.11) *enemigo de la verdad, fomentador de odios, negador y destructor de todo sentimiento fraternal. Creyendo próxima su hora, pone todo en movimiento para apresurarla.*

Pío XII alude expresamente a la presencia en la tierra del "Angel del Abismo", Abaddon, el Exterminador, cuya actuación está descripta en el pasaje del Apoca-

lipsis expresamente citado. ¿Quién este Angel del Abismo, y qué poder tiene, y qué daño causa a los habitantes de la tierra? Veamos el texto bíblico.

"Y el quinto ángel tocó la trompeta y vi un astro caído del cielo en la tierra, y le fué entregada la llave del pozo del abismo. Y abrió el pozo del abismo, y subió humo del pozo, como humo de un grande horno, y se entenebreció el sol y el aire con el humo del pozo. Y del humo saltaron langostas a la tierra, y se les dió poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra. Y les fué dicho que no dañasen a la hierba de la tierra, ni a cosa verde, ni a árbol alguno, sino a los hombres que no tienen marcado el sello de Dios sobre sus frentes. Y les fué dado que no los matasen, sino que fuesen atormentados durante cinco meses; y el tormento de ellos es como tormento de escorpiones cuando pica al hombre. Y en los días aquellos buscarán los hombres la muerte, y no la hallarán; y ansiarán morir, y huye de ellos la muerte. Y esas especies de langostas son semejantes a caballos aparejados para la guerra, y sobre sus cabezas unas como coronas que asemejaban ser de oro, y sus rostros como rostros de hombres, y llevaban cabellos como cabellos de mujer, y sus dientes eran como de leones, y tenían lorigas como lorigas de hierro, y el sonido de sus alas como sonidos de carros de muchos caballos que corren a la pelea. Y tienen colas parecidas a escorpiones y aguijones, y en sus colas está el poder de dañar a los hombres por cinco meses. Y tienen sobre sí como rey al ángel del abismo, cuyo nombre es en hebreo "Abaddón" y en griego tiene por nombre "Apollyon" y en latín, El Exterminador. El "ay" primero pasó; he aquí que trás él vienen todavía dos "ayes".

La referencia y la palabra del Papa parecieran señalar que ha llegado la hora en que, después que la estrella del comunismo se ha fijado en la tierra arrastrando a la tercera parte de sus habitantes, Lucifer recibe de San Miguel la llave del abismo para que pueda hacer daño a la tierra. El Maligno abre entonces este pozo de los espíritus infernales, del que sale humo como de un gran horno. Humo de la mentira, de la ilusión, de la incoherencia y del absurdo en que se halla envuelto el infatuado mundo moderno. No sabemos en qué imágenes precisas se le mostró al vidente de Patmos este cuarto de hora de la historia de los hombres en que el Exterminador se apresta a lanzar sobre la humanidad terribles carros voladores, provistos de insospechados poderes de muerte.

Pero sabemos con certeza que la Iglesia está atenta y nos previene contra toda especie de infiltraciones y de errores. No sólo contra el comunismo sino también contra la Masonería y contra todas sus organizaciones auxiliares aunque se presenten con la ingenuidad de los clubes rotarinnos. La Iglesia no es una mera organización. Es el Cuerpo Místico de Jesucristo y tiene una exquisita sensibilidad sobrenatural que le viene del Espíritu de Dios que la anima. Ella es Luz, Verdad y Vida que abomina de las tinieblas, de la mentira y de la muerte. Ella conoce por los dictados de su divino Esposo cómo se mueve el mundo del Padre de la Mentira; ella conoce hasta dónde llega el poder de la Sinagoga de Satán (*Ap.* II, 9); Ella sabe que "el diablo cuenta con poco tiempo" (*Ap.* XII, 12) y que ha de acabar "arrojado al estanque de fuego y de azufre, donde están también la bestia y el falso profeta y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos". (*Ap.* XX, 10).

Está en la tierra Abaddón, el Exterminador; está prepotente y desafiante la Sinagoga; están las escuadras comunistas y masónicas prontas a celebrar con risotadas la destrucción de la civilización cristiana: ¿Qué hacer contra tan grandes y poderosos enemigos? Es evidente que los medios *naturales* no bastan. Es necesaria la fidelidad a la Santa Iglesia. Porque sólo el sello de Dios en la frente inmuniza contra el poder de los espíritus maléficos. Fidelidad en la doctrina, en la moral y en la vida. Fidelidad de individuos y de naciones; fidelidad de gobernados y de gobernantes. Tontos aquéllos que creyéndose vivos abandonan esta fidelidad y, en esta hora del mundo, se convierten en juguetes del judaísmo y de las logias del mandil, porque —tarde o temprano— acabarán víctimas en sus manos.

PRESENCIA

"LE SOULIER DE SATIN"

Del SOULIER nos ha dejado C. dos versiones. La primera consta de 52 escenas distribuídas en 4 Jornadas. Al comienzo había escrito no sin cierta ironía que, como después de todo no existía imposibilidad absoluta de que la pieza fuese representada algún día, "*de aquí a diez o veinte años, totalmente o en parte*", quería dejar algunas indicaciones escénicas. Pero ese día llegó. Fué así que compuso una versión especial para la escena en colaboración con J. L. Barrault. La primera representación tuvo lugar el 27 de noviembre de 1943 en la Comédie-Française, con música de A. Honegger y bajo la dirección de Barrault, obteniendo más de cien representaciones seguidas. Imposible expresar en un breve artículo el contenido de esta obra grandiosa, de esta Divina Comedia de los tiempos modernos; sirvan estas líneas de impulso para que los lectores entren directamente en su lectura.

Esta Acción estaba exigida en las voces de todos esos personajes suscitados por C. en los dramas anteriores, en el clamor confuso de sus almas por el desahogo definitivo. El autor saboreaba ya su verbo integral:

Cantaré el gran poema del hombre...

El gran poema del hombre al fin, más allá de las causas segundas reconciliado con las fuerzas eternas.

El gran camino triunfal a través de la Tierra reconciliada...

El SOULIER es ese poema y esa ruta triunfal. Para cantar el poema del Hombre, el poeta ha movilizado el universo; ha dado cita al hombre y al mundo ante el Creador; las criaturas visibles e invisibles, presionadas y apuradas por el soplo del Espíritu entregan su secreto; bajo los pulmones del mar, todo lo que es flauta pía, todo lo que es cuerda se tiende y la gran sinfonía pasa en tempestad... Es éste el drama de la reunión total, la eliminación paciente de todos los obstáculos que impiden la Música esencial, y la restauración de la integridad definitiva de las almas en la relación melódica inventada por las necesidades del Amor. Es la liberación a través del dolor, la reintegración del hombre a Dios, la gran lección de Paternidad divina, la ostención de los desconcertantes juegos del dolor y la alegría hasta la detonación final en el júbilo; en fin, es como decía Rimbaud, "*la eternidad reecontrada, el mar mezclado al sol*".

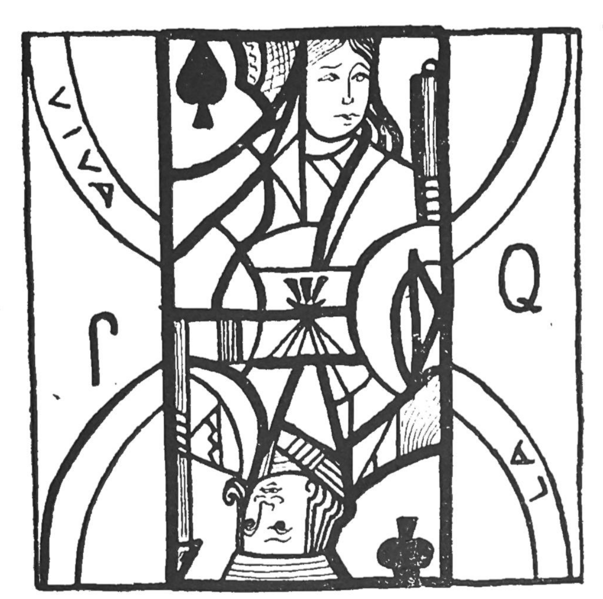
Del SOULIER ha dicho C. en cierta ocasión: "*Es el resumen de toda mi obra poética y dramática... El Soulier de Satin es Tête d'Or bajo otra forma. Es el resumen a la vez de Tête d'Or y Partage de Midi. Es asimismo la conclusión de Partage de Midi*". Este drama entraña en su temática el esclarecimiento de esas dos grandes fuerzas humanas: la pasión por el universo y la fuerza que lleva a la unión del hombre y la mujer, pero ambas consideradas en su raíz fundamental. Cabeza de Oro encarna el primer tema. En esta obra juvenil, semejante a un gran arranque en plena lucha espiritual, cuando el autor sentía fermentar en los repliegues de su piamáter el pensamiento de Rimbaud y recorría una tras otra las amargas etapas de la conversión, "*esa crisis tan crucificante como un gran amor*", Simón Agnel, Cabeza de Oro y luego el Rey trata en vano de reunir en torno a su persona el rebaño humano; la muerte de su mujer y de su amigo Cébès y por último su agonía y muerte en el Cáucaso cantan su impotencia. El segundo tema, en forma de agudo conflicto se desarrolla en Partage de Midi. Al igual que en Tête d'Or aquí no hay solución definitiva al conflicto planteado; existe sólo ilustración dolorosa del intento de una falsa solución; el trágico final de Mesa es una advertencia para el hombre que intenta quebrantar con el adulterio la palabra grabada por Dios sobre la piedra.

El SOULIER retoma esos dos grandes problemas y los levanta en el clima de la Gracia y en la correspondencia de las almas, hasta su "composición" definitiva con la voluntad divina. El poder dominador y el amor intransigente, fermentados por la Gracia evangelizarán la carne en beneficio de la felicidad. Con estos dos temas centrales C. entonará el poema del Hombre y del Universo; pero de un universo girando en torno al hombre y ambos alrededor de Dios. Nada extraño que la creación entera se ponga en movimiento para servir de marco, soporte, símbolo y espectadora emocionada del problema humano. Ya Mesa en su cántico lírico-penitencial decía a sus hermanas las estrellas: "*Ninguna de vosotras alberga el espíritu, sino que sola en el centro de todo, la Tierra ha germinado su hombre, y vosotras, como millón de blancos corderos, volvéis la cabeza hacia Ella que es como el Pastor y el Mesías de los mundos*". He aquí ahora la creación entera entre las manos del poeta como un mazo de naipes entre los dedos de un hábil cartomancista... "*Cuando el viento sopla, todos los molinos giran a la vez*", las criaturas todas, cada una como la rueda de un molino, y el viento del Espíritu que se desencadena, los viejos imperios y los continentes, el mar y el desierto entran en movimiento, todos los molinos giran a la vez, el gran drama se desata, los gestos son diferentes pero es el mismo viento que sopla; atestiguan y acusan las sombras, habla y llora el Angel arrastrado en la misma ronda, mientras la Luna toca a los que lloran con manos inefables; en las iglesias de la Europa Central, a medida que la nieve cae sobre los pueblos en guerra, los santos conversan en las hornacinas contándose sus cuitas íntimamente mezclados en el destino de los hombres; en los claros de las selvas americanas vivaquean los exploradores, mientras el Rey de España contempla extasiado desde el Tajo la ruta que traza el sol poniente hacia sus dilatados dominios; allá a lo lejos, América, *ese cáliz de silencio, ese fragmento de estrella, ese pedazo de paraíso con el flanco inclinado a través de un océano de delicias;* aquí, sentados al borde de la Vía Appia, el Virrey de Nápoles, voz del Renacimiento magnificando a Rubens ante sus cortesanos... y, por encima de todo, ese delicado diálogo entre la Belleza y la Música en el jardín del albergue... Pero también, junto a tanta armonía, el pecado, el dolor profundo, entre el mar y el desierto ¡Mogador! barrera contra el Islam, clima de intrigas y la torturante sonrisa zalamera en el rostro de Ochiali el renegado... pero también movidos por el mismo viento que sopla, porque hasta el mal prestará sus notas en esta universal sinfonía, hasta el pecado "compondrá" pues Dios *escribe derecho con líneas torcidas*, y el poeta puso debajo del refrán, el texto lacónico de Agustín: *Etiam peccata.*

Todo el mar de un saque se ha cubierto de amapolas blancas, toda la noche se ha tapizado de letras prietas y signos algebraicos.

He aquí América chorreante que surge, Asia siente un Dios nuevo agitarse en el fondo de sus entrañas...

Parecería que todo esto no tiene



relación. ¡Tantas cosas se agitan! Pero, "*aquél que para ver mejor ha subido a un árbol*", conoce el origen de ese viento; desde allí se divisa el horizonte, y cuanto más elevado, en círculos concéntricos cada vez más amplios, se extiende un vasto panorama ante nuestra mirada, y lo que desde el plano parecía desligado, desde arriba aparece en la medida y en el peso de su exacta composición. Desde allí contempló C. en su infancia la campiña y escuchó el ruido oscuro de los campos de labranza: *"Y me vuelvo a contemplar en la horqueta más alta del viejo árbol en el viento, niño balanceado entre los frutos... Espectador del teatro del mundo... sigo con la mirada esa ruta que, apareciendo dos veces en las crestas de las colinas, se pierde al final en el bosque... La luna se levanta. vuelvo mi faz hacia ella... y de tiempo en tiempo cae un fruto del árbol como un pensamiento pesado y maduro*". Pero el horizonte campesino quedó atrás; el deseo de llegar al término de ese camino lo arrancó de la casa paterna abandonando las figuras familiares, y, nuevo Rimbaud, se adelantó hacia la *"ligne des sapins et vers l'orage"*. El camino llama y la vuelta al mundo se inicia, el gran inventario dolorosamente iniciado por Rimbaud: *"Tout d'abord il y avait à faire le Tour de Monde"* . Más tarde, ante el cuadro de Hobbema que representa un sencillo camino de pueblo entre dos filas de árboles atormentados por el invierno, pero que tiene el encanto incomparable de terminar en el infinito, exclama C. con el corazón sobreexcitado por el recuerdo de aquel día en que se lanzara en pos de su llamado: *"¡Ah! lo reconozco. Es este camino que he recorrido muchas veces en mi adolescencia enteramente solo bajo la lluvia y dichoso lleno de una especie de hurra salvaje"*. Pero ahora ha terminado su carrera, y con el rostro hacia el pasado contempla la larga estela trazada por su vida, y desde ese gigantesco árbol, entre tantos frutos, observa el horizonte total, la Tierra entera, y he aquí que, del gran Arbol cae *la belle pomme toute ronde... Le Globe*, el pensamiento pesado y maduro, el Drama Universal, el SOULIER DE SATIN. Por eso C. ha tejido esta urdimbre complicada donde los años se diluyen, donde el escenario es el mundo entero, donde hay cosas tan diversas, tan a primera vista disparatadas; pero en medio de eso que Gabriel Marcel llama "opulencia del lenguaje, incontinencia de los medios", hay algo poderosamente uno, secreto, casto, escurridizo y activo que lo sentimos estar en todas partes y que nos posesiona y arrebata.

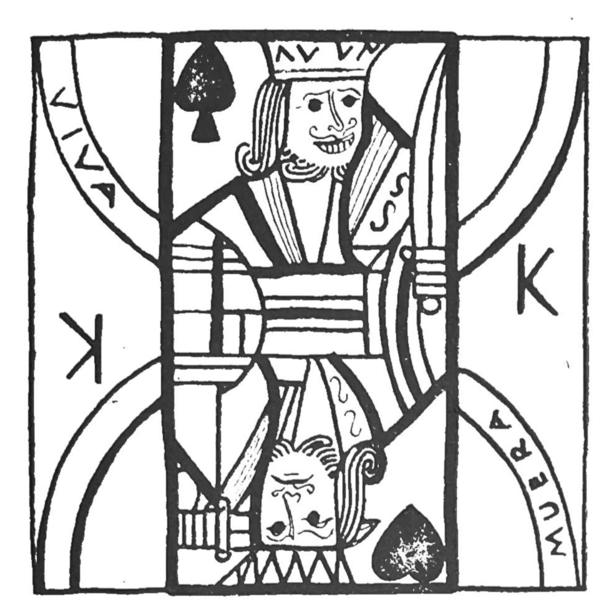
"Tete d'Or bajo otra forma"

..En el prólogo a JEANNE D'ARC AU BÛCHER ha dicho C. que para comprenler una vida como para comprender un paisaje es necesario elegir el punto de vista y no lo hay mejor que la cumbre. Para realizar este estudio C. ha elegido su "cumbre" desde donde enfocar la creación a fin de poder reunirla en su canto y reintegrarla, una vez más misteriosamente evangelizada, en el regazo de Dios reunir la Tierra. Nada más lógico entonces que tomar como base y símbolo de esta mística reunión, la tarea heroica por la que en el orden de los acontecimientos, se efectuó materialmente la ensambladura definitiva de la tierra. Es así que eligió como atalaya la España del siglo XVI, sin esclavizarse con fechas, pero sujetándose en el conjunto a la significación espiritual de los hechos históricos. Interpretando el sentir de C., Luis Gillet ha dicho: *Esta época del Renacimiento, tan alabada por la historia anticlerical como la madre del librepensamiento, aparece en cambio a C. como uno de los momentos más gloriosos del catolicismo. Piensa que esta época deslumbrante, lejos de ser una derrota, ha sido para la Iglesia un momento de triunfo. Es aquí que el conjunto tiene razón contra el detalle... Este gran siglo XVI... es el de la más grande conquista cristiana... Cristo termina sus conquistas en el espacio y en el tiempo... Atacada en un rincón de Europa por la herejía, la Iglesia se defiende con la masa del Universo: con los humanistas descubre a Platón y Grecia. Vasco de Gama vuelve a encontrar las Indias... Colón inventa un mundo brotado del seno de las aguas en compensación de algunas provincias perdidas en los bordes de la cristiandad... Magallanes da la vuelta al globo mientras Copérnico abre la Biblia del Cielo, Juan de Austria rechaza el Islam, el protestantismo es detenido en la Montaña Blanca y Miguel Angel como una corona o como una tiara sobre la frente de la ciudad eterna levanta la cúpula de San Pedro...* Epoca ésta a la altura de un Tête d'Or real, pues ese mundo nuevo, exige conquistadores e "inventores". Por eso cuando el Canciller propone al Rey de España un *hombre razonable y justo* para que haga sus veces en América, el Rey le contesta que ahora necesita un hombre *jaloux et avide*, un hombre que no bien franqueó el umbral del mundo desconocido, sepa lo que tiene que hacer con toda esa cosa salvaje y cruel que le estaba reservada. El Tête d'Or cristiano se llama Don Rodrigo. El mismo se define como *l'enfonceur de portes et le marcheur de routes*. Aparece como el continuador de la empresa de Colón, explorador del Pacífico y conquistador del Japón; es el llamado a equilibrar en el concierto del Todo, ese mundo informe salido de las aguas. Allá en la noche había dicho Simón Agnel en el momento de su éxtasis: *Yo también, haré mi obra, y arrastrándome por debajo haré oscilar la piedra enorme... la cargaré sobre mí, como un carnicero carga la mitad de un buey sobre sus espaldas*. Rodrigo cargó sobre sí medio universo, y haciendo oscilar la piedra secular que sellaba las poblaciones anteriores a la Aurora, entró en ellas con el fuego amarillo en su mano para reunir a los hombres, no en torno a su voluntad, sino alrededor de la Cruz para que no pudiera existir ya nadie que se creyera con derecho a permanecer en su herejía. Pero esta pasión por el universo, esta aventura guerrera, es el símbolo, el instrumento, el incendio y el desahogo de otra gran pasión, de otro fundamental conflicto; esta evangelización exterior está enlazada con la lucha contra un amor imposible, con el conflicto espiritual en que se encuentra para siempre embarcado su corazón.

Conclusión de "Partage de Midi"

Estamos en el clima del Partage. Dos almas que se reconocen hechas la una para la otra, pero la palabra sellada por el sacramento las separa irremisiblemente. Aquí Prouhèze es la Ysé del otro drama. Ha dicho C. que el drama no hace más que destacar, dibujar, completar, ilustrar, componer e instalar en el dominio de lo general, el acontecimiento, el conflicto esencial que constituye el fondo de la vida humana *il transforme en acte pour aboutir à une conclusion une certaine potentialité contradictoire de forces en présence*. Y a continuación se pregunta cuáles son esas fuerzas en lucha que encarna el Soulier, y responde: *Las más primitivas entre las que el corazón humano ha estado siempre dividido. Por una parte, el deseo apasionado de felicidad individual en la que la filosofía más austera reconoce, no sólo el recorte esencial sino también la aspiración legítima de toda energía consciente e inconsciente de la criatura. Por otra parte, el mandato de un imperativo exterior al que ese deseo debe acomodarse*. Cuando estas dos fuerzas se encuentran en oposición, existe entonces una cuestión por resolver, exígese una solución, hay drama. *Sans opposition, pas de composition*. Pero a veces el deseo que lanza a la criatura hacia lo que parece constituir su felicidad, es tan profundo, que adquiere la fuerza de una tempestad, y en esas cir-





cunstancias, todos los medios humanos son insuficientes para detener la tragedia. ¿Qué hacer, entonces? Lo que hace el marinero cuando ya no le queda ningún otro recurso: Reza. Lo mismo en este conflicto: ante la tragedia, los personajes oran comprometiendo a Dios en su asunto. Por eso el Soulier se inicia con una eficaz y emocionante oración; es la plegaria de un mártir que ora por su hermano, que fuerza en cierta manera a Dios a que hasta del mal por donde se encamina su hermano Rodrigo, saque el bien para su alma. La eficacia de esta plegaria levantará una barrera grande como el mar entre las dos almas en peligro. Por otra parte está la oración y tierna ofrenda de Prouhèze a la Virgen, cuando entrega su zapato a la Madre de Dios para que Ella no permita la tragedia: *Virgen, patrona y madre de esta casa... Impedid que sea... una causa de corrupción.* Cuando de ahora en adelante quiera lanzarse al mal, lo hará rengueando; cuando quiera volar al pecado, será con un ala quebrada. Todo este drama está hecho con la ausencia y el alejamiento de estas dos almas: Rodrigo y Prouhèze; cuanto más se desean, más la eficacia de aquellas dos plegarias los separa y excluye de toda corporal presencia. Poco a poco, esta dolorosa ausencia carnal, se vuelve jubilosa presencia espiritual; la tierra que los separa se torna muy poca cosa frente al encuentro de las almas en el mar y el firmamento. En el sueño y el diálogo de Prouhèze con el Angel ha dejado C. expresado este delicado proceso de sublimación del amor por el sacrificio y la Gracia de Dios.

Pronto estos dos seres, dice C., se percatan de que su doloroso sacrificio ha producido inagotables consecuencias, tan grandes, que la tierra no basta para terminar sus anillos diversos y concéntricos, es necesario que el Cielo y la eternidad vengan a añadir los suyos. No importa ya que ese largo y fúnebre esquife, equipado con dos filas de remeros sin rostro, sustraiga para siempre a Prouhèze de la vista humana; no interesa esa explosión en Mogador que consuma para siempre la ausencia, ni que Rodrigo, tullido y maltrecho, se convierta en el ludibrio de la Corte y sea vendido al final como un esclavo; el júbilo llena ahora su corazón, y por añadidura le ha sido regalado ese ser encantador, Sept-Épées. Figuración de toda belleza y armonía, Sept-Épées, ese pájaro que oímos sin verlo, ese roce imperceptible en el agua, ese golpe raudo en torno a nuestro rostro, esa delicia y ese transporte de sentirse ya no sujeto a nada, ese ímpetu inaprehensible, esa partida, Sept-Épées, *cet enfant merveilleux!* Lo que en LA VILLE representaba Lala, aquí está ahora ante nosotros real y viviente, huyendo del navío paterno, nadando en el mar seguido de la pesada Bouchère; aquí está la verdadera Lala que vuela hacia el hijo de la Música, como un pensamiento que se mantiene en la vibración de la lumbre, aquí está el nadador sostenido por la correntada; es el final del Soulier que comenzara en el mar y termina en el mar, son las brazadas últimas de la España conquistadora y mística coronándose de espumas, es el aleteo final del teatro clodeliano, es el poeta que se ha arrojado al agua junto a esa cosa encantadora; y mientras Sept-Épées avanza, entre ola y ola, cantando, riendo a carcajadas (*La alegría me daba la expresión más bufonesca y extraviada que se pueda concebir.— Rimbaud*), loca de contento, lanzando hurras al mar, libre, graciosa, mientras bracea, percibimos, como un suspiro entre las espumas, esta palabra arcana.

La vida, los cantos, las palabras de amor, el castañeteo innumerable de todas esas palabras imperceptibles!

¡Y todo esto ya no está fuera, se está dentro, hay algo que os reúne jubilosamente a todo, una gota de agua asociada al mar! La Comunión de los Santos.

H. D. M.

HISPANOAMERICA 1951

La frecuencia con que durante la última contienda mundial se difundió la crítica a los Estados Unidos sobre la base de la ineptitud e imprevisión de su política exterior ha concluído por transformarse actualmente en una verdad inconcusa.

Cierto es que entonces como ahora nadie disintió acerca de la incomparable potencialidad técnica, económica y bélica de la Unión, al paso que se le adjudicaba la vigorosa salud de los pueblos jóvenes. Sin embargo, resulta claramente perceptible que en estas afirmaciones funciona más el fruto del universal resentimiento que el reconocimiento sensato de una realidad perfectamente constatable. Resentimiento mostrado tanto por las potencias europeas que ven perder su rango vertiginosamente, cuanto por los pequeños estados que por su incapacidad, aparejada a circunstancias más o menos desventajosas, no han conseguido emular el éxito de la nación del norte americano. Insensatez mostrada igualmente tanto por los estados, de rango hasta ayer prominente, destrozados por sus propios vicios, cuanto por los países que han abortado en su pequeñez como resultado de su impotencia. Todo lo cual denota el necio empecinamiento de los primeros en querer manejar aún el mundo cuando están exhaustos de fuerzas, y la imposible aspiración de los segundos de intervenir en aquel manejo cuando están traspasados de inercia.

No es nuestro propósito justipreciar la política internacional de los Estados Unidos. Sus publicistas han demostrado y demuestran escasa preocupación a este respecto. A ellos correspondería, desde luego, formular los descargos de esa crítica que les es absolutamente desfavorable, más aún desde que muchas de las imputaciones corrientes de las que se les hace objeto hallarían fácil refutación, como aquélla de responsabilizarlos unilateralmente de las desgraciadas consecuencias de la última guerra. Absurdo sería también negar a los opinantes del resto del mundo el legítimo derecho a la crítica. Pero en fin, nuestro ánimo reside, al menos por ahora, en expresar el asombro que nos causa el tono groseramente pedantesco con que los publicistas hispanoamericanos se expiden al respecto. Y nuestro asombro continuará, dicho sea de paso, mientras las condiciones del nuevo continente no varíen por voluntad de los pueblos de Hispanoamérica y por su aprovechamiento de circunstancias reales.

En efecto; aquella crítica sobre la inexperiencia, los desaciertos, la torpeza y la infantilidad de la política exterior norteamericana, trasunta en los opinantes de Hispanoamérica un fuerte tono de resentimiento e insensatez, cuando no una estupidez inusitada. Alardean de la exclusiva herencia de la cultura europea, la cual oponen despectivamente al genio técnico de los Estados Unidos. Jáctanse, además, de ser depositarios y conservadores exclusivos de la tradicional política occidental, la cual oponen arbitrariamente a la política liberal norteamericana. Aceptando los conceptos "tradicional" y "occidental" en su valor entendido, esto es, política y cultura católicas con su inagotable significación y recursos, no nos resultaría difícil sembrar severas dudas y vacilaciones comprometedoras en lo que respecta tanto a la oposición del liberalismo político yanqui al tradicionalismo político hispanoamericano, cuanto a la oposición de la cultura anti-europea de los Estados Unidos a la occidental cultura hispanoamericana encarada como su más vivo retoño. Pero no es el caso de sembrar dudas y vacilaciones sino de señalar los males que comporta aquella crítica desaprensiva.

Sin perder de vista las desfavo-



rables circunstancias históricas que tan reciamente han castigado al desenvolvimiento de las colonias españolas de América, conviene señalar que estos críticos hispanoamericanos olvidan que sus respectivos países muy poco han puesto de sí para configurar estados verdaderamente soberanos, especialmente de cien años a esta parte. Aunque esta afirmación nos estremezca, su veracidad a nadie puede sobrecoger. Casi todos los países hispanoamericanos no han logrado consolidarse; no han logrado aún ser naciones, en sentido estricto.

Luego ¿cómo pretender alardear de cultura y política tradicionales cuando esos países no han hallado aún los medios para restaurarla? ¿Cómo explicar la necesidad incumplida de los estados católicos europeos, destrozados por las formas políticas del mundo moderno, que exigían imperiosamente —aún contra su propia voluntad— la consolidación, en América, de sucesores legítimos de su concepción sobre la convivencia civilizada de las nuevas nacionalidades? ¿Cómo excusar el cambio de esa legitimación —que precisaba probarse mediante su adecuación a las nuevas formas históricas, sin perder su esencia íntima— por la adopción del nuevo orden de cosas e ideas sufragadas por la cultura moderna?

Los países hispanoamericanos o, en fin, la perspectiva de perduración de la política y de la cultura tradicionales requería la formación en esta parte del continente americano de seres nacionales vigorosos que supieran arrostrar y en definitiva vencer los vicios y males de la nueva organización impresa a la sociedad internacional. Los pueblos de Hispanoamérica trocaron la esperanza de convertirse en dignos sucesores de la Europa católica en la adopción de las adúlteras formas europeas, y en esa culpa, valga la aclaración, muy poca parte tocó a España.

Cuanto error moderno se deslizaba en el ambiente subyugó a estos pueblos, inesperadamente. Ni los hombres de la emancipación y algunos de sus continuadores, de innegable patriotismo, inteligencia y sobre todo dotados de una vigorosa voluntad nacional, vieron coronados sus esfuerzos magníficos, ni sus renegados herederos hicieron nada por repararse de aquél éxtasis que los sumía previsiblemente en la pequeñez. Así, los acontecimientos de los últimos cincuenta años hallaron a los países de Hispanoamérica no con la responsabilidad auténtica de estados soberanos, sino con la que corresponde a los pueblos alienados económicamente unos, políticamente otros.

Por consiguiente ¿de dónde sacar fuerzas legítimas para expresar o tratar de persuadir al mundo de hoy de nuestra razón y de nuestros deseos si éstos no existen como realidades nacionales? ¿Cómo pretender actuar como asesores —dotados *naturalmente* de las virtudes de la política tradicional— de las autoridades que maniobran el mundo a su antojo? ¿Cómo aspirar a aconsejar a un mundo corrompido para curar sus vicios y corregir sus desaciertos si éstos están tanto o más compenetrados en los pueblos hispanos de nuestro continente? ¿Cómo sostener tales pretensiones si no existen voluntades nacionales (por tanto continentales), ni principios culturales verdaderamente arraigados en ellos, ni espíritu público, ni conciencia y responsabilidad autónomas... ni medios materiales y técnicos apropiados para el caso?

Creemos que la medida de la impotencia actual de los países de Hispanoamérica nos exime de confrontarla con los vicios tan severamente denunciados en los norteamericanos, al menos en punto al complejo de superioridad que parece poseer a la mayoría de nuestros publicistas. Y ello no está escaso de razones. Pues a nuestro juicio, la actitud de esos comentaristas que pretenden o aspiran a corregir los desaciertos de la potencia cuya supremacía en el mundo es innegable —sea una u otra la intención que respalda a esta evidencia— importa gravísimos daños a Hispanoamérica, al paso que arriesga convertirla en el hazmerreír del mundo. No hallo mejor juicio para expresar esa falsa actitud que el del gran periodista y filósofo español, Jaime Balmes: "no se hace bien al pueblo "haciéndole concebir esperanzas "insensatas que no se podrán realizar; esto es un engaño, esto es "propio de amigos falsos".

Tomás Infante

PISO TRES DEPARTAMENTO CERO

"Nosotros los de Hispanoamérica traeremos como capital intocado nuestro acervo cultural, nuestro sentido universal de la vida; una mayor riqueza de nuestro ser psicológico"...

Confieso que al leer por primera vez este párrafo revivieron en mí las antiguas y nunca bien satisfechas inquietudes quijotescas. Es verdad que me sentía infinitamente incapaz, no ya de modificar el plan de estudios que regía en mi humilde escuelita de campaña Nº 43.728, cuya dirección llevaba yo adelante, sino que mi impotencia me obligaba a enseñar la Historia que no había ocurrido. Pero después de informarme que teníamos un acervo precioso escondido en un "subsuelo de creencias vitales", dejé de lado en un santiamén todos los complejos y me sentí capaz de salvar a la pecadora Norteamérica, a la pecadora Rusia, a la pecadora Europa, al pecador Oriente. No estará demás advertir que un proceso tan rápido de autocanonización me desconcertó un poco. Como buen discípulo de Sócrates, quería conocerme pero sin universalizarme, ya que de lo concreto en cuanto tal no hay definición. Porque el peligro estaba allí: en que después de conocerme vería que yo había estudiado a los clásicos, los filósofos, los teólogos y las encíclicas y vivía en función de ello, y casi irremediablemente pasaría la afirmación al plano universal: todos los hispanoamericanos son hombres que han estudiado a los clásicos y a los teólogos y viven de acuerdo a esa cosmovisión, a ese acervo cultural. Luego. Hispanoamérica salvará al mundo.

Primeramente acepté que el hispanoamericano tuvo una gran misión que cumplir allá, en tiempos remotos, en aquel preciso momento de la Historia en que fué *posible* tal cumplimiento. Pero vi luego que *de hecho* no cumplió esta misión hasta llegar al año 1951, momento histórico en que es i m p o s i b l e cumplirla sencillamente porque Hispanoamérica no ha llegado a ser nada; quedó en potencia pasiva. Y todo agente para obrar debe estar en acto.

Como estas conclusiones echaban por tierra las armas que en aquella memorable noche de luna castellana (o salteña) venía velando, quise cerciorarme si, efectivamente, esa Hispanoamérica soñada por España estaba en acto o no. Mas no disponiendo del dinero suficiente como para recorrer toda Hispanoamérica, decidí mirar bien la Argentina, es decir, "el más europeizante de los estados americanos", ese país que "ya había adquirido clara conciencia de su raigambre continental" (loc. cit.), entendiendo que conocería algo así como el corazón de ese Organismo Espiritual: conociendo a los argentinos venía a conocer lo más selecto entre lo hispanoamericano.

Las del alba serían cuando cruzado ya caballero desnudéme de toda pompa humana, pedí un caballo y sin decir donde iba entréme con regocijo en la Universidad Argentina, esgrimiendo en la una mano el escudo y en la otra la adarga.

Desazón no exigua experimenté al enterarme allí que quien deseaba enseñar la filosofía perenne debía exilarse o ser exilado contentándose con dar lecciones particulares para cumplir con el deber de ganarse la vida. Ví también que los maestros iban siendo amaestrados por los alumnos. Me pregunté dónde estaba el dichoso acervo cultural. Realmente debía estar muy por el "subsuelo" ya que por el suelo no se veía puesta otra cosa que la honra de dignísimos profesores.

Como observé que la Inteligencia Argentina —salvo grupos cuya ausencia en el plano *efectivo* es poco menos que evidente—; como observé, digo, que a través de un siglo de liberalismo se había desaprendido bastante bien el dichoso acervo intelectual legado por Occidente a través de España, decidí arremeter por las estepas de las Costumbres.

Recorrí cines, clubes, familias, librerías; hablé con políticos, con profesores, con políticos, con mujeres, con políticos, con soldados, con políticos y con sacerdotes. ¡Ah! Además hablé con políticos. Puedo casi asegurar que no me llamó precisamente la atención la "mayor riqueza de nuestro ser psicológico" (loc. cit.). "¿Dónde está nuestro acervo?" Eso es lo que pregunto. En mera potencia. ¿Dónde está la vida cristiana informando cada una de las actitudes del hispanoamericano y los distintos planos de la sociedad? ¿No es esto del hispanoamericanismo u n a careta más, un slogan admirable para ocultar la miseria espiritual de cada uno de nosotros? ¿Con qué derecho se afirma que los yanquis poseen tan solo la técnica y la salud vital, con una ironía por demás visible? ¿En conciencia nos atrevemos a decir que el nivel moral de Norteamérica es inferior al de Sudamérica? ¿En qué fundar juicios tan categóricos? ¿Acaso en la morbosidad del cine yanqui? Con ese criterio ¿qué pensar de nosotros después de leer "Nacha Regules" de Gálvez? ¿Por qué identificar lamentablemente lo hispanoamericano con lo bueno, lo intelectualmente sano, lo profundo, lo ético, y lo norteamericano con lo mecánico, con lo técnico, lo pagano? El universitario católico yanqui ¿conoce por ventura menos las disciplinas clásicas y la teología que nosotros? ¿Es incapaz de dar

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes.

Dirección y Administración:

Venezuela 649 — T. E. 30 - Catedral - 2845

Se imprime en casa de Don Domingo E. Taladriz. San Juan 3875. Bs. Aires.

Precio del ejemplar	$	1.50
Número atrasado	„	2.—
Colección del año 1949	„	30.—
Colección encuadernada del año 1949	„	50.—
Suscripción anual	„	30.—

la vida por la Iglesia? No. El catolicismo en un pueblo no se mide por censos. Ni tampoco los valores de la cultura. Quisiera a modo de sugerencia p r e g u n t a r a estas "amistades que matan": ¿con quién sentiría Ud. una "comunidad de destino en lo universal" en el caso de haber hallado dos amigos: el uno profesor liberal, masón, oportunista, acomodaticio y argentino fichado en el censo como "católico", y el otro católico práctico, con luchas continuas con el protestantismo, rezando a Dios para que envíe a su pueblo un remedio fundamental y dando su sangre joven en Corea para atajar el hachazo final al cuerpo enfermo de la Cristiandad? El pecado lo tenemos aquí igual que en Norteamérica; y como aquí existe gente decente allá también la hay. Al menos no creo que allí haya habido apostasía general; y nadie sabe si aquí la ha comenzado a haber ya. Me parece que lo que corresponde hacer hoy es poner de relieve ese catolicismo norteamericano que erróneamente nos lo figuramos como un secta.

Ponerlo de relieve y unirnos en eso que es el destino universal y único del planeta, sin que por ello sea menester claudicar de nuestra soberanía política. Que no por ser católicos (universales) negamos la Patria; todo lo contrario, prueba es la vida y muerte de Monseñor Tiso. El retomaje de nuestra conciencia cristiana nos dará la pauta de lo que debemos hacer antes que nada frente al mal de nuestra propia Patria y lo que debemos decidir frente a esa agresión que con pretextos de querer ultimar la enfermedad (liberalismo, capitalismo) intenta, como fin último (que es el determinante) destruir el cuerpo mismo (agónico en esta hora) de la Cristiandad.

Tampoco deberá nuestra acción moverse en planos hipotéticos, en "como si", sino en planos de posibilidad inmediata. Es necesario "escribir para el momento presente" único tiempo que se nos da para hacer algún bien. Debajo de ese querer escribir para generaciones futuras que a lo mejor no tendrán los problemas planteados hoy, se esconde quizás un gran temor de enfrentar los acontecimientos actuales y de señalar a la generación nuestra lo que a cada uno toca hacer en esta hora 25 del mundo en que nadie parece reaccionar contra la "Dialéctica". Hay que hacer algo y ahora y aquí, que si con la libertad con que contamos todavía, no nos atrevemos ¿qué haremos bajo la dictadura marxista? "No os acongojéis, pues, por el día de mañana; bástele ya a cada día su propio afán" (Mt. 6-34).

Es hora que bajemos del tercer piso y que no nos regocijemos tanto de que se haya convertido en llamas el primero. Nuestra muerte está condicionada. La Iglesia no puede perecer, pero sí las Naciones Cristianas en cuanto tales.

"Y hay que morir hay que morir lo mismo
si Dios lo pide por la patria yerma..."
y morir con dignidad.
Luchando.

GODOFREDO DE CACHEUTA.

LA FAMILIA EN LA CONSTITUCION Y EN LA REALIDAD

La nueva Constitución —denominada por sus propios autores, *constitución justicialista*— cumplió el 11 de marzo dos años de vigencia. Entre otras reformas importantes, se introdujeron en su texto los *Derechos de la familia*. Reza, pues la Constitución en su artículo 37 inciso II lo siguiente:

"DE LA FAMILIA". La familia como núcleo primario y fundamental de la sociedad, será objeto de preferente protección por parte del Estado, el que reconoce sus derechos en lo que respecta a su constitución, defensa y cumplimiento de sus fines.

"1) El Estado protege el matrimonio, garantiza la igualdad jurídica de los cónyuges y la patria potestad.

"2) El Estado formará la unidad económica familiar, de conformidad con lo que una ley especial establezca.

"3) El Estado garantiza el bien de familia, conforme a lo que una ley especial determine.

"4) La atención y asistencia de la madre y del niño gozará de la especial y privilegiada consideración del Estado".

El panorama teórico de la situación de la familia en la nueva constitución es hermoso y atrayente. Pero veremos cómo se ha votado ya una ley que vulnera sus principios; y cómo se ha omitido cuidadosamente la inclusión en el texto de un precepto de vital importancia.

Inconstitucionalidad de una ley

En un reciente trabajo sobre el tema[1], el Dr. Juan Casiello, profesor en la Universidad Nacional del Litoral, aclara y comenta los conceptos constitucionales expuestos más arriba, y asegura que "a tales principios, pues, no sólo debe atribuírseles un contenido programático, de expresión simplemente de anhelos o tendencias, sino un valor definitivamente político y jurídico".

Realidades posteriores a estas palabras contradicen el optimismo del Prof. Casiello. Desgraciadamente, siempre existieron divergencias más o menos importantes entre los textos constitucionales y la legislación. Un ejemplo de actualidad es el que se refiere a la ley Nº 13.925, la cual fija en un porcentaje exorbitante el monto de los impuestos que debe percibir el Estado en las herencias.

No cuesta mucho trabajo probar que dicha ley contraría las disposiciones de la nueva Constitución registradas en los incisos 2 y 3 del título II del artículo 37, que afirman: "2) El Estado formará la unidad económica familiar, de conformidad con lo que una ley especial establezca. 3) El Estado garantiza el bien de familia, conforme a lo que una ley especial determine". Luego, la ley Nº 13.925 es abiertamente inconstitucional. La Constitución exige leyes protectoras de la institución familiar, y el Parlamento sanciona una medida legislativa que derriba uno de los pilares de la familia: la herencia.

Una omisión desconcertante

Todavía existe un problema de mayor gravedad: la Constitución de 1949 no consagra en ninguna de sus páginas la indisolubilidad del vínculo matrimonial. En el estudio citado, el Prof. Casiello opina que "tal principio [el de indisolubilidad] debe considerarse implícitamente comprendido dentro de la orientación dogmática" de la Constitución[2].

Pero el autor mencionado escribía tales conceptos antes de la sanción de la aludida ley Nº 13.925. Si esta medida legislativa, opuesta a preceptos constitucionales explícitos, ha sido promulgada sin obstáculos, ¿qué seguridades ofrece la Constitución frente al peligro de un proyecto de ley de divorcio? Absolutamente ninguna.

Esperanzados de hallar doctrina defensiva de la indisolubilidad en el Diario de Sesiones de la Convención Nacional Constituyente de 1949, nos sorprendió vivamente el extraño silencio observado por los convencionales sobre este tópico de tan vital trascendencia.

En la sesión del 8 de marzo de 1949 de la Convención, el Dr. Arturo Enrique Sampay, miembro informante de la mayoría, pronunció un extenso discurso, algunos de cuyos conceptos los dedicó a la familia. Aunque expresó que "la reforma constitucional tiende principalmente a resguardar y vigorizar la familia"[3]; y más adelante, cuando aludió a retribuciones familiares nos dijo que "a eliminar la causa material de la dispersión de la familia se enderezan las medidas legislativas programadas para su consolidación económica"[4], el Dr. Sampay no mencionó medidas que preserven a la familia —y a su consecuencia: la sociedad— de los nefastos resultados del divorcio. En otra parte de su disertación[5] el mismo convencional señaló como primer objetivo de la nueva Constitución, la "restauración del orden natural de la sociedad mediante el vigorizamiento de la familia, a la que consideramos no como una tarea secundaria del Estado, sino como la política salvadora del porvenir, porque la reconstrucción de nuestra civilización en crisis debe ser concebida en función de la familia, tomada como unidad de base". Notable exactitud y precisión en las palabras del Dr. Sampay, pero ninguna cláusula práctica en el nuevo texto de la Constitución, que impida el divorcio.

El convencional Dr. Raúl Antonio Mende también se ocupó de la familia. Lo hizo en la sesión del 9 de marzo de 1949. Después de

SONETO

Mi noche no sabía tu existencia,
y menos, presentía tus mañanas;
velaba inconsolable en las lejanas
y lánguidas fronteras de tu ausencia.

Pero ahora que tengo tu presencia
prisionera del cielo en mis ventanas,
y sueño cuando quiero en las cercanas
corrientes de tu rara transparencia,

un temor impensado y sigiloso
embarca la raíz de lo que siento
en río tan oscuro y nebuloso,

que me alejo del día de tu abrazo,
y vacía mi alma de tu acento,
se pierde, con el sol, en el ocaso.

OSCAR DARÍO GUAZZARONI.

una breve introducción y de responder afirmativamente a la pregunta que él mismo se formulara, "¿Es doctrina peronista la modificación que propugna incluir en la constitución estos derechos de la familia?", expresó: "No podemos menos que decir que una familia cristianamente constituida, es aquella que se funda en el *matrimonio* indisoluble. . ." [6]. Atención, que esta única frase es la endeble base sobre la que se apoya la doctrina de la indisolubilidad matrimonial en las páginas del Diario de Sesiones de la Convención Nacional Constituyente de 1949.

A pesar de que el Dr. Mende juzgue que esa condición de una familia constituida, está garantizada por el proyecto —hoy Constitución— peronista, nos permitimos disentir de su opinión, siempre fundados en la oposición de la reciente y citada ley Nº 13.925 con preceptos constitucionales explícitos.

Luego, al exponer los elementos del derecho natural existentes en la familia cristiana, omite nuevamente el de la indisolubilidad del vínculo conyugal, pues los enuncia así: "el matrimonio, la igualdad jurídica de los cónyuges y la patria potestad" [7].

Antes de concluir su discurso, el Dr. Mende aludió a su vez a la protección económica familiar [8], vulnerada últimamente.

El saldo de esta mezcla de promesas luminosas y mediocres realidades es un estado de desconcierto, una posición doble, una situación ambigua. La Constitución nos promete consolidación de la familia, base económica familiar y protección a la madre y el niño. Pero calla en el asunto divorcio. Sólo bastaba que a cualesquiera de los incisos del art. 37 se le hubiera agregado la cláusula: *"se garantiza la indisolubilidad matrimonial"*.

Por otra parte, se ha comprobado dolorosamente que la parte defensiva de la economía familiar es letra muerta, a la cual los mismos hombres que forjaron la Constitución no conceden valor ninguno.

Refiriéndose al constitucionalismo moderno en general, acota un autor que "esta inmediata proximidad, este reacercamiento de la familia al Estado se presenta con rasgos peligrosamente deshumanizados" [9]. Consideramos que, en nuestro caso, estas palabras han sido, desgraciadamente, proféticas.

Aunque afirmar que la familia es la *célula de la sociedad* es incurrir en un gastado lugar común organicista, la imagen no es del todo inconveniente, porque la familia es la piedra angular de la sociedad, y a reforzarla y a consolidarla deben dirigirse los esfuerzos no sólo de los católicos, sino de todo hombre sensato que aun confíe en la supervivencia de este planeta en descomposición.

GUSTAVO FERRARI PANARIO

[1] JUAN CASIELLO, *"La nueva Constitución y la familia"*. Universidad nacional del Litoral, Rosario, 1950, pág. 7. [2] Idem, pág. 18. [3] Diario de Sesiones de la Convención Nacional Constituyente de 1949, Imprenta del Congreso de la Nación, pág. 275 [4] Idem, pág. 276. [5] Idem, pág. 285. [6] Idem, pág. 392. [7] Idem, pág. 393. [8] Idem, pág. 394. [9] MARCELO SÁNCHEZ SORONDO, *"A propósito de la familia y de la propiedad en la Constitución"*. Publicado en *Encuesta sobre la revisión constitucional*, realizada por la Facultad de Derecho de Buenos Aires, 1949, pág. 293.

CARTA DE LOS ESTADOS UNIDOS

En nuestro número 41 publicamos una Carta de los Estados Unidos de un sacerdote croata. El mismo nos envía en esta otra algunas impresiones de aquel país, expresando sus deseos de un mayor intercambio entre los católicos de las dos Américas. (N. de la D).

Leí parte de mi carta publicada en PRESENCIA. Me sentiré muy contento de poder contribuir a hacer conocer y amar la universalidad católica, es decir, a aumentar la comprensión y la caridad entre el catolicismo norteamericano y el de Latinoamérica.

Le envío un "Report anual" de la Parroquia donde trabajo, que no tiene más de 1750 almas y sin embargo su presupuesto anual asciende a 37.000 dólares. Cada uno contribuye regularmente, aún los niños de escuela. La parroquia vecina, dos veces mayor, construye ahora su *Catholic High School* tomando un préstamo nada menos que de un millón de dólares. La vida espiritual corresponde al dinamismo exterior: todos y cada uno viven su Iglesia. Hay pecadores, claro está, pero nadie peca odiando a la Iglesia y a los sacerdotes y tratando a Dios como a mucamo. Aquí el sacerdote debe ser bueno porque por doquier tanto le respetan que no puede abandonarse ni olvidar lo que es. . .

La estadística de este año muestra que los católicos de los Estados Unidos son ahora 27.766.141 y cuentan cuatro cardenales, 21 arzobispos y 157 obispos; 42.970 sacerdotes y 147.310 religiosas; 15.292 parroquias, 11.437 escuelas frecuentadas por 4.750.250 alumnos. Hubo en el año 120.000 conversiones al catolicismo. Hay entonces un promedio de un sacerdote por 600 almas y una religiosa por 160, mientras que una parroquia tiene como término medio 1.800 almas; y 2.500 católicos tienen una escuela religiosa propia, atendida por religiosas. Nada se encuentra abandonado al acaso y de todo se lleva perfecta cuenta. Por eso todo anda con admirable orden y facilidad y casi nunca hay confusión.

Claro que existe peligro de cierto burocratismo y que tanta perfección en lo humano puede dañar lo divino y místico, pero por ahora hay cierto equilibrio y Dios se siente por doquier. Hay vocaciones en abundancia sin necesidad de propaganda. Simplemente, viviendo los fieles la vida de su Iglesia se sienten por la gracia de Dios atraídos y no hay hasta ahora ninguna necesidad de medidas especiales para fomentar las vocaciones.

Si U.S.A. tiene en todo algo opresivo porque es el país de las máquinas, del tiempo y de la velocidad, la Iglesia Católica es allí una gran reserva espiritual y un tesoro del país y del mundo. Aunque fuera el resto la misma Sodoma, se siente que hay muchos justos, para que Dios no destruya todo y para que los buenos anden conquistando. . .

Sabemos que los comerciantes, militares y políticos se visitan mutuamente para aprender unos de otros e inspirarse entre sí. . . Qué bueno sería si los conductores de la Iglesia aumentaran el número de sus visitas con el mismo fin. Si eso puede servir para una buena nota en PRESENCIA, muy bien, con tal que se tenga presente, que todo eso es la observación parcial de un rinconcito; un resumen mejor le mandaré después. Pero, no diga que soy "yugoeslavo". Son un pobre croata, que se siente insultado si se le llama yugoeslavo, lo mismo que un irlandés si se le apellida inglés.

Agrego una observación más: yo como otros muchos creí que en este país iba a encontrar mucha soberbia. Pero, no es así. Todo lo contrario. Es un país joven; tiene algunos vicios, propios de la juventud: grita, corre para desahogar su ímpetu juvenil y la exuberancia de sus fuerzas físicas, se ríe por alegría de tener la casa tan amplia y las oportunidades tan extendidas, pero en realidad aquí, (especialmente entre los católicos) existe una profunda humildad, intelectual en primer lugar. Saben escuchar, permiten todas las opiniones y son capaces de admitir las pruebas. De vez en cuando, buscan las verdades, admitiendo de antemano el peligro de estar equivocados y tratando de prevenir para que los errores no envejezcan y no se petrifiquen. Después —dando a todos la posibilidad de fundar sus escuelas, sus parroquias nacionales— dieron en lo bueno un estímulo y una competencia tan grande, que yo veo aquí una de las más serias causas para explicar el ascenso del catolicismo norteamericano. Eso es también humildad, sin tratar en nombre del catolicismo de imponer la dominación de una nación sobre la otra. . . cometiendo además un gravísimo error psicológico, *contra naturam*, no permitiendo a la gente morir tranquilamente y asimilarse como los seres y los hombres libres, por convicción, por amor y sin premura de la noche al día. Todo esto explica el secreto de que la gente se queda aquí y empieza a amar a la U.S.A. como a una segunda patria, que no le impide ser fiel a la patria antigua, especialmente en lo religioso. Valdría la pena meditar esto. Nada se perdería y mucho se ganaría.

Pero repito que hay peligro de burocratismo, de autosatisfacción, de un cierto "dollarismo", de encerrarse poco a poco en su mundo e ignorar muchas otras cosas de afuera, porque la naturaleza humana junta a las perfecciones específicas muchas corrupciones y peligros que amenazan con dar al traste con aquellas perfecciones.

Yo no propondría lo de la U.S.A. en "block" para ser imitado aunque algunas cosas pudieran ser trasplantadas, sino como fuente de inspiración. América latina tiene y debe tener su propia fisonomía espiritual como la tiene de temperamento y raza. Lo que me agradaría es un sabio mutualismo e intercambio de ideas y de estímulos entre las dos Américas, en la gran Caridad de Jesucristo.

SUMARIO



BUENOS AIRES, VIERNES 23 DE MARZO DE 1951 — AÑO III — Nº. 45